

Lo distante en lo próximo

Después de una experiencia de estudio de seis meses en la Pontificia Universidad Católica, estuve cinco años fuera haciendo otras cosas. Volví a estudiar en la PUC durante dos años, pero la manera en que se estudiaba arquitectura en esa escuela, a través de las revistas y de un modo demasiado formal, me resultó insoportable, una mala experiencia. Entonces suspendí un tiempo y volví a intentarlo como a los 24 años. Esta vez partí a Valparaíso a hablar con Godo, con quien pasé dos días conversando antes de entrar a la Escuela. Godo fue mi puerta de acceso. (Y Pablo Langlois fue mi compañero de trayectoria desde aquellos años y para toda la vida).

En ese tiempo, el grupo lo conformaban jóvenes un poco mayores que yo —Alberto no tenía más de 34 años—, y todos estaban en un proceso de investigación general sobre las relaciones entre la arquitectura, el arte y la poesía llevado como una incógnita, no como una certeza. Ese era el espíritu de aquel momento.

Lo primero que te enseña la Escuela es a reconocer tu propia ignorancia, a no pretender saber las cosas, a aprehenderlas tal como vienen de afuera y con eso que te rodea construir una experiencia. En el fondo te enseñan a vivir. Ese es el asunto clave.

Al final de la carrera, Alberto me decía: «Hay que tener un perfil de la propia estatura». Eso significa reconocer tus limitaciones y posibilidades: con lo que cuentas —que no es mucho, pero es tuyo— llegar a tener un punto de vista frente a la vida, es decir, frente a la arquitectura. Sin eso, no hay nada.

El no saber qué hacer ante los encargos —que al principio eran una pesadilla—, equivale a estar desnudo frente a una situación siempre nueva.

Hasta que en base a lo que más o menos has observado, se te arma una posibilidad —que no se arma si resuelves en la cabeza un proyecto de antemano.

En Valparaíso, aprendí a relacionarme con la contemplación en el espacio de la ciudad y en el tener un horizonte abierto; por ejemplo, si eres un trabajador manual, y tienes frente a ti un horizonte en vez de una pared o una ventana, tienes frente a ti algo muy grande que hace que lo que haces adquiera mucho más valor y vuelva la ciudad mucho más soportable. Esta condición enriquece la convivencia de actos. Yo veía a una lavandera trabajando frente al mar y pensaba lo que sería estar haciendo ese mismo trabajo en algún lugar de Santiago, sin esa grandeza, sin ese espacio regalado. En Santiago, tenemos todos esos cerros que son bien amenazantes, pero que según la luz también pueden ser extraordinarios. Un día me subí al techo de una casa y descubrí que estaba en un lugar de árboles, una especie de parque en altura gracias a los enormes y antiguos jardines que me rodeaban. Entonces pensé que lo que son los patios —donde la gente está feliz y riega sus plantitas o hace un asado— estaba en la altura, lejos de las panderetas. ¿Cómo conectar la vida de la casa a un espacio más grande que reconocía su lugar geográfico? De ahí surgió una posibilidad que tomé para mi proyecto de título en **1959** y que marcó para siempre una dirección en mi modo de trabajar: buscar lo distante en lo próximo fue siempre un ordenador. Todo esto en el fondo es solo un intento. De eso se trata.

Cristián Valdés Eguiguren